

X4705
M37
3

1857

ВХ
• М
СЗ

1857

1857

1857

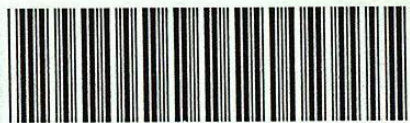
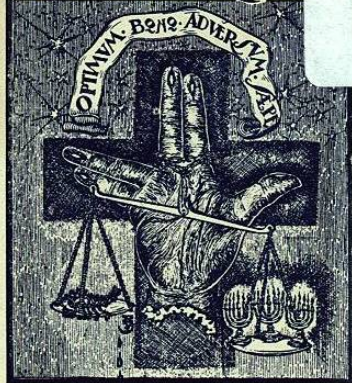
1857

1857

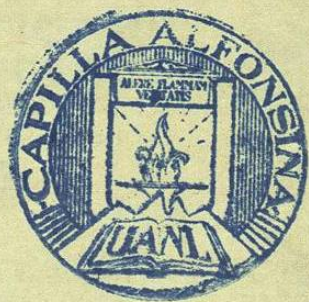
1857

1857

EX-LIBRIS



1020000521



104293

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA



CARTA
QUE LA CONGREGACION
DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI
DE QUERETARO,
DIRIJE A LAS DEMAS VV. CONGREGACIONES
DEL MISMO INSTITUTO,
PARTICIPANDOLES EL FALLECIMIENTO
DEL
M. R. P. EXPREPÓSITO
DON FRANCISCO J.
MARROQUIN
ACAECIDO EL DIA 5 DE FEBRERO DE
1857-

Imp. de M. R. Velazquez, calle del Hospital núm. 5.

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

BX4705

-M37

C3



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

M. M. R. R. P. P. PREPOSTO
Y DIPUTADOS
DE LA V.

Congregacion del Oratorio de

Muy Reverendos P. P. H. H. y Señores nuestros,

POSEIDOS del mas acerbo dolor, comunicamos á VV. RR. que el dia 5 del próximo pasado murió nuestro amadísimo hermano el M. R. P. Ministro D. Francisco J. Marroquin. Extraño parecerá, que nos hayamos detenido en dar la noticia de su muerte; pero nos creemos disculpados, considerando que en los primeros dias de un acontecimiento tan triste, nos era muy doloroso renovar la llaga, que esta pérdida habia abierto en nuestro corazon. Estamos convencidos de que los límites tan estrechos de una simple carta no bastan, para dar una noticia circunstanciada de las virtudes, que hacian tan digno de respeto, y de amor á nuestro difunto hermano. Procuraremos no obstante dar á VV. RR. un bosquejo de ellas, porque creemos, que su memoria honrará siempre á esta Congregacion.

El dia 13 de Febrero del año de 1825, vistió la ropa de Joven á los 17 años de su edad, y desde entonces dió pruebas de una adhesion particular á nuestro Santo Instituto, manifestando en esto, que Dios le habia elegido y preparado para su servicio. Siempre

cuando aun en sus diversiones, siempre afable se hacía querer y respetar en aquella edad. Muchas veces, pudiendo libremente salir á la calle para distraerse, se privaba de este inocente gusto, por estar pronto á leer el punto de meditacion, aun cuando esto no le perteneciera. Todo su empeño era cumplir con sus deberes: no se le conoció mas casa que nuestro Oratorio, ni mas familia que la de sus amados Felipenses.

Ordenado de sacerdote en el año de 1833 tuvo luego licencias para confesar mugeres, á causa de la memorable peste del cólera morbus; época que fué para él un campo vastísimo, que Dios le preparaba para ejercitar su zelo. Amante del bien de las almas se dedicó en especial al confesonario, como el medio mas á propósito para lograr sus fines. Siempre celebró el Santo sacrificio de la Misa á las cinco de la mañana y rezadas horas menores, este mismo zelo por el bien de las almas, le detenía largas horas administrando á las mugeres el sacramento de la Penitencia, los lunes, miércoles, y viernes; á las enclaustradas y enfermos, los martes, juéves y sábados; y á los hombres todas las noches; teniendo un don especial para hacerlos perseverar en la frecuencia de los santos sacramentos. Con los enfermos era tan eficaz, los consolaba tanto, que por muchos años estuvo dedicado á ellos, principalmente en el tránsito á la eternidad. No perdonaba sacrificio alguno: innumerables veces se desvelaba en auxiliarlos, hasta que un precepto del médico le obligó á dejar con sumo dolor un ejercicio de tanto provecho espiritual. Todas las personas que le consultaban, oían de su boca prudentes consejos: en muy pocas palabras consolaba al afligido, siendo estas unas sentencias muy á propósito para calmar los espíritus.

Celosísimo del culto divino, no perdonaba medio

alguno para fomentarlo en nuestro Oratorio. Con un pequeño patrimonio, puede asegurarse, que en otro objeto lo consumia; movido de estos sentimientos, hizo donacion de dos hermosas estatuas de María Santísima, dos de Señor San José, y otra de San Francisco de Sales: y se procuraba recursos con muchos de sus amigos para los gastos indispensables, que se erogaban en algunos dias de jubileo, que no tenían fondo particular de donde pudieran hacerse: nada le afligia tanto como ver la pobreza de nuestro Oratorio, y cuando nos platicaba sus deseos de mejorarlo, aunque impracticables, se conocia desde luego, que eran nacidos de un espíritu de devocion. En la composura de nuestra iglesia, ponía todo su esmero para suplir con adornos sencillos la elegancia, que falta á nuestros pobres altares: incansable en este trabajo, y haciendo los oficios del mas humilde sirviente, varias veces se le pasaba la hora de comer, y sufría con mucho gusto cualquiera otra molestia. La noche del juéves Santo, no se acostaba sino hasta haber concluido de quitar el monumento, dejando arreglado todo lo necesario para los oficios del dia siguiente.

La prudencia, esta virtud tan recomendable, resplandeció en nuestro hermano en grado tan heroico, que aunque su temperamento era fuerte por naturaleza, supo dominarse de tal modo, que jamás se le vió exaltado ni de mal humor aun cuando hubiera fuertes causas para irritarse. Con un carácter siempre igual, con la apacibilidad retratada en su semblante, no era necesario mas que se presentara, ó digera una sola palabra para que los espíritus quedasen tranquilos. Si esta virtud es tan necesaria en cualquier superior lo es sin duda mas en el que tiene que gobernar felipenses por la libertad que estos tienen de separarse de la Congregacion cuando lo crean conveniente: y nuestro hermano la dió á conocer de

de modo singular en trece años que fué el superior de esta casa.

No supo mandar sino con el ejemplo: y en el cumplimiento de sus deberes era el primero y tan exacto, que tenia la costumbre de tocar la campanilla para cualquiera de nuestras distribuciones. Dando la oración de la noche, si algunas personas le visitaban, sin faltar á la urbanidad con mucha gracia se despedia de ellas, disculpandose con el poco miramiento de la campana que le llamaba. No era capaz de reprehender con aspereza ni á un niño: y cuando se veia precisado á hacer alguna reconvencion usaba de palabras tan medidas, que facilmente se conocia la grande violencia y suma pena de su espíritu: curando asi las llagas, á ejemplo del Samaritano, no solo con vino sino tambien con el aceite saludable.

Fué muy humilde. No obstante que se habia merecido el respeto de cuantos le conocian, siempre era muy bajo el concepto que se formaba de sí mismo. Aunque no era de raros talentos tenia los suficientes para dar su respetable voto en algunas cuestiones; y sin embargo en los dubios que manda Ntro. Santo Instituto siempre nos decia, que iba á aprender de nosotros, y escuchaba con gusto la opinion aun del mas jóven. Siempre suspiró por ser el último de todos sus hermanos: y se lamentaba muchas veces diciendo: que no vivia desde que mandaba, que lo dejaran respirar quitándole una carga tan superior á sus fuerzas. ¿Cuantas veces no se le vio tomar la escoba en sus manos para asear nuestra Iglesia aun habiendo en ella varias personas cuya presencia hubiera retraido á otro ménos humilde? Él suplía las faltas del campanero; jugaba con los niños á ejemplo de Nuestro Santo Padre; fregaba fuera de su aposento, los trastos de su uso; regaba la huerta y cultivava las plantas de nuestro patio; encontraba un verdadero placer en ser-

vir á todos aun en aquellos oficios al parecer repugnantes; puede asegurarse en fin, que para conocer cuál era el superior entre nosotros, bastaba solo atender, quién era el que lo parecia ménos.

La virtud que corona nuestras obras es la perseverancia, y en ella resplandeció de un modo tan particular, que cualquiera de nosotros sabia, en qué ocupaba el tiempo desde las cuatro y media de la mañana hasta cerca de las once de la noche. La puerta de su aposento á ejemplo de Nuestro Santo Padre, la tenia abierta para recibir á todas horas á quien le buscara, porque era todo para todos. Era tan constante en el trabajo, que restablecido apénas de los ataques epilépticos, de que era víctima, preguntaba inmediatamente que hacia ántes, para continuar en su misma ocupacion. Solo las muy justas consideraciones de los penitentes, que de motu proprio se apartaban del confesonario, cuando en él era atacado nuestro hermano, le permitian buscar en su aposento un pequeño descanso, absolutamente necesario para el alivio del malestar, en que se hallaba. Si habia sufrido esta enfermedad en la noche anterior, solo un precepto del médico le obligaba á permanecer en su cama el dia siguiente sin celebrar el santo sacrificio de la misa. Y vemos que Dios nuestro Señor le premió esta perseverancia; porque sabiendo nosotros su invariable método, extrañamos que habiéndose tocado la campanilla para la distribucion del refectorio, no estuviera allí él primero, y causándonos esto la mayor novedad, le buscamos inmediatamente, y conseguimos estar con él en los últimos momentos de su vida. La muerte vino, cuando su noble presa concluia de orar; y le asestó el golpe en el acto de disponerse al cumplimiento de uno de sus deberes. Cuando el esposo tocó la puerta, aunque la seña fué repen-

na, la esposa estaba preparada, entró á las bodas, y recibió el premio de su vigilancia, porque, como dice la palabra divina: *el que perseverare hasta el fin, este será salvo.*

La virtud, dice el Apóstol, se perfecciona en la enfermedad, y en este crisol probó Dios la de nuestro hermano por el espacio de catorce años, en cuyo dilatado tiempo sufrió con grande resignacion la cruel y lastimosa epilepsia. Aquí fué donde dió pruebas de paciencia, conformidad y obediencia. La única queja en que prorumpia con frecuencia despues de sus ataques, eran estas palabras: ¡JESUS! ¡JESUS!; admirándonos verdaderamente como podia sufrir una enfermedad tan molesta sin expresar su dolor. Cuando se le preguntaba por el estado de su salud, la sola contestacion que se oía de su boca era esta: ya V. lo ve, amigo, aquí acostado; aquí descansando; sin que pudiéramos conocer nunca por sus expresiones la vehemencia de sus padecimientos; de manera que bien pudo decir, con San Francisco de Asis: Mis trabajos me sirven de pasatiempo. La idea de que su enfermedad le ocasionaria una muerte repentina, ó la demencia, como los médicos se lo anunciaron, nunca le inquietó, nunca lo entristeció: entregado enteramente en las manos del que todo lo dispone para nuestro bien, parece que la misma vida le era indiferente, y gustoso esperaba la muerte por ser así la voluntad de Dios, á quien amaba. Sumiso siempre á la voluntad agena, cualquiera insinuacion que se le hiciera para conseguir de él una justa condescendencia, le obligaba tanto, como si fuera un verdadero precepto. Si las medicinas le eran repugnantes, no por esto puso alguna vez resistencia en tomarlas; y si para curarlo era necesario que estuviera en la cama, solo suplicaba, que se le dejase concluir alguna ocupacion siendo esta en beneficio del prójimo, ó perteneciente

á alguna de las distribuciones que previene nuestro Instituto.

Estas eran las principales virtudes que resplandecieron en nuestro querido hermano, y que nos enseñaron con su respetable ejemplo hasta en los últimos instantes de su vida. Era indispensable que Dios, justo apreciador de las cosas, se apresurara á dar la debida recompensa á su humilde siervo por tantos y tan relevantes méritos. El dia 5 del mes próximo pasado despues de las ocho de la noche fué el momento fatal, que dejó para siempre á esta Congregacion la funesta memoria de una pérdida irreparable. Como hemos dicho, extrañando todos que no hubiese concurrido á la hora, en que tenemos costumbre de entrar á refectorio, justamente alarmados por este incidente tan raro, presurosos se dirigieron á su aposento dos sacerdotes con el fin de buscarle, temiendo que su ausencia fuese ocasionada por un ataque de los que tan frecuentemente padecia. No se engañaron en sus presentimientos. Iluminada apénas su habitacion por la escasa luz de una candela, que se extinguia, lo primero que se presentó á su vista fué el cuerpo de su querido padre, tendido en tierra junto de la silla que ocupaba, sin movimiento, ni señal de vida. Uno de ellos le absolvió en el acto, mientras que el otro, asustado por un espectáculo tan doloroso salió gritando á dar aviso á los demas padres, quienes inmediatamente acudieron desatinados, llenos de asombro y sorpresa, queriendo cada uno prestarle los auxilios, que creia mas eficaces para conservarle la existencia. Reunidos ya todos, se levantó el cuerpo para colocarlo en su cama, se le administró bajo de condicion el santo Oleo, porque algunos notaron que en aquellos momentos espiraba. Dos sacerdotes y varios jóvenes estudiantes rezaban la letanía de los santos. Entre tanto llegó el médico, reconoció al

enfermo.... pero no era enfermo ya; era el cadáver de nuestro padre, de nuestro hermano, de nuestro amigo, el cadáver del M. R. P. D. Francisco Javier Marroquin.

Aquí deseáramos callar dejando que W. RR. en el silencio contempláran el peso de nuestro dolor, y que midieran la magnitud de nuestra pérdida. Desde aquellos momentos desapareció de nuestra casa la alegría: no se escuchaban sino llanto, suspiros; y el grito de ¡¡somos huérfanos!! ¡¡ha muerto nuestro padre!! movía sin duda los corazones ménos sensibles. Desde entónces comenzó el difunto á recibir aquellas demostraciones de amor, y respeto, que se merece dignamente la virtud. Todos á porfia le besaban reverentes las manos y los piés humedeciéndoselos con lágrimas de verdadero sentimiento: todos procuraban aprovecharse de algunas frioleras de su uso para eterno recuerdo de una persona tan amada. Figuraos la casa donde ha muerto el padre de una numerosa familia, y tendréis una idea, aunque imperfecta, del estado de turbacion, en que se encontraba nuestro Oratorio.

A media noche se depositó el cadáver en el Oratorio Parvo, y á las cinco y media de la mañana anunciaban las campanas un lamentable acontecimiento. Las primeras lágrimas del dolor público humedecieron el pavimento de nuestra iglesia, cuando se observó que otro sacerdote celebraba la primera Misa, que era costumbre celebrára nuestro difunto hermano. Extendida la noticia con la velocidad del rayo, comenzaron á venir personas de toda edad y condicion, y de todo color político á manifestar la parte que tomaban en nuestra grande pesadumbre. A las siete de la mañana, se celebró la Misa de *Requiem*, y poco despues se reunió la Congregacion á rezar el oficio de difuntos en el lugar del depósito. La multitud de

fieles que habia concurrido á ver el cadáver, y su llanto unido con el nuestro hacian aquel acto verdaderamente patético. La M. I. y Venerable Congregacion de Santa María de Guadalupe, celebró los oficios funerales á cuya solemnidad contribuyó en gran manera el numeroso Clero de esta Ciudad. Expuesto el cadáver en nuestra iglesia desde las tres de la tarde, la concurrencia del pueblo fué tan numerosa, que no solo llenaba el espacioso recinto de nuestro templo, sino que tambien ocupaba grande parte del cementerio. Sin que se hiciera un convite particular se presentaron á la hora del entierro, muchas familias vestidas de luto. A las cuatro y media de la tarde comenzó la ceremonia en la que todo daba á conocer el amor tan general de que era objeto nuestro carísimo hermano. Los fúnebres ecos, que repetian las elevadas bóvedas de la casa del Señor, se mezclaban con los sollozos y suspiros que salian de los pechos, que encerraban un corazon oprimido de dolor. ¿Ni como pudo ser de otra manera? ¿Dejaría de llorar el pobre, cuando habia muerto el hombre bienhechor, que le habia dado el pan en sus necesidades? ¿No llorarían la viuda, el huérfano, el padre de familias, la doncella á quienes alentaba con sus consejos, cuyos pasos encaminaba al cielo? Sí. Nadie ciertamente pudo en esta vez darnos el pésame; de ninguno podiamos recibir consuelo, porque era comun la causa de nuestro sentimiento. ¿Cómo consolarnos recíprocamente, cuando viéndonos lloraban los mismos, que nos hacian llorar con su presencia?

Estas demostraciones son una prueba incontestable del singular mérito de nuestro hermano. Al formar su elogio, no nos guia el amor que le profesamos como á un padre, á quien se le debe el engrandecimiento de esta casa; ántes bien podemos asegurar, que nada hemos dicho, y que el público léjos de no-

tar la mas pequeña exageracion en su elogio, nos reclamará un laconismo y moderacion escrupulosa. Cada dia oímos de las personas que le trataron, nuevos datos que confirman lo que tenemos asentado: y repetimos lo que al principio; no bastan los límites de una carta para describir minuciosamente los rasgos característicos de su vida. Estas consideraciones unidas á la confianza que tenemos en la misericordia de Dios nuestro Señor nos hacen creer, que al presente goza de la recompensa del justo, lo que es para nosotros un bálsamo suave aplicado á nuestras llagas. No obstante, como el que nos juzga es Dios, suplicamos á VV. RR. hagan por el finado, los sufragios de nuestra hermandad; agregando una súplica á Nuestro Santo Padre, pidiendo por su intercesion gracia, para que la memoria de nuestro hermano nos una con lazos mas estrechos, y su conducta sea un modelo que imitemos.

Dios Nuestro Señor guarde muchos años la vida de VV. RR.

Oratorio de Nuestro S. P. Felipe Neri, en Querétaro Marzo de 1857.

Tomas Sanchez de Valencia.

PREPÓSITO.

Nicolas Campa.

Diputado Srio,

ADMODUM

R. P. D. FRANCISCUS. XAVERIUS. MARROQUIN

RECTI. PRESBYTER. TENAX

QUI. MULTOTIES. DIGNISSIME

HUIC. V. CONGREGATIONI. PRÆFUIT

ANIMAM. SUAM

Idibus
IDIBUS. FEBRUARII. ANN. D. M.DCCCLVII

REDDIDIT. CREATORI

CUJUS. MORTEM. DEPLANGENTIBUS. CUNCTIS

ORBI. PATRES. EJUSDEM. COETUS

HIC. ILLIUS. CADAVER

LACHRYMIS. OCULIS. SUFFUSIS

DEPOSUERUNT

R. I. P.

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA.

ta
cl
da
da
pe
ca
te
á l
nu
de
bá
ta
V
he
Pa
m
es
m
de
ré
us
ta
ll
ll
10
12
12
12
12
12
12
12
12
12

ADMODUM

R. P. D. FRANCISCUS XAVIERUS MARRUQUIN

RECTI PRÆSTITER. TENAX

QUE MULTOTIES DIGNISSIME

HUC. V. CONGRUATIONI. PRÆFUIT

ANIMAM SUAM

EDIBUS FEBRUARII ANNI D. M. DCCCLVII

REDDIDIT. CREATORI

CULUS. MORTALI. DEPLANGENTIBUS. CUNCTIS

ORBI. PATRES. RUSDEM. CORPUS

HIC. ILIUS. CADAVER

LACHRYMIS. OCVLIS. SUFFUSIS

DEPOSUERUNT

R. I. P.



